

Tus élitros, oscuras amatistas,
pesado vespertilio,
pasado,
posado desde el plinto,
pisado
resol en la palabra,
ángel de acerada alcurnia,
la única nombrada
 violácea mariposa de la luna,
la mano que se aferra a las antorchas,
-fuego de violetas-
de jóvenes espa(l)das indecisas
que elevan a la entrada de inframundo
sedientos querubines;
la enramada
por donde el ave vuelve hacia el espejo
y al cristal que no avista en su inminente vuelo
en su música inerme
-golpe de su faz en el misterio-
el ala angelical, significado
de la azul esfinge
 del verso
que huye como Diana, y avistado
el Poeta,
Acteón devorado
 por sus propios secretos.

En la muralla antigua
de la antigua ciudad
 hoy asolada
por las hordas sin freno de la modernidad
se puede ver la hostia dorada de la Luna
que todavía espera rielando la Maldad.
¡Oh, la **Maldad Eterna**, ola del naufragio